

Quizás sería la última vez

Daniela Guardiola Montenegro

Era una ventana muy pequeña. Mis hermanos y yo luchábamos para encontrar un espacio pues lo estábamos esperando con ansias. No sabíamos qué ocurriría esa noche, simplemente mirábamos a través de la ventana esperando verlo. Después de unos minutos de espera, una camilla se fue acercando, la detuvieron unos metros antes de la salida lo suficientemente cerca como para reconocer que el hombre que estaba debajo de las cobijas, era mi papá.

Más pálido de lo normal, mi papá conversaba con unos señores sin esconder la preocupación que la situación le generaba; mi mamá estaba parada a su lado discutiendo con ellos y tratando de darle tranquilidad. Él sabía que estábamos detrás de la ventana pero no nos quería mirar. En sus ojos había mucho miedo. La camilla se volvió a mover, continuaría su recorrido atravesando la puerta y abriéndose paso entre todos nuestros familiares mientras todos ellos le daban ánimo a mi padre ¡Todo saldrá bien, Martín!, le decían.

Mi corazón latía más rápido de lo normal mientras caminaba junto a mi padre sosteniendo su mano. No sabía si las palabras de la familia eran de ánimo o de despedida. No era capaz de alzar mi cabeza, sólo podía mirar mi mano entrelazada con la de mi papá. ¿Sería la última vez que esto sucedería?

Una vez afuera de la clínica, la camilla se detuvo para ingresar a mi papá a la ambulancia. Me detuve también y alcé la vista para encontrarme con los ojos de mi papá. Él se acercó y me dio el abrazo más fuerte que pudo darme en todos estos años mientras su llanto se liberaba en mi hombro. Mi papá tenía miedo, sabía que esa podía ser nuestra despedida pero yo no quería aceptarlo. No podía dejar que él se rindiera y nos dejara a mi mamá, a mis hermanos y a mí. Sólo tuve la fuerza para decir ¡Papi, todo saldrá bien, no nos vamos a separar!

No podía callar mi llanto, me separé de él mientras mis hermanos se acercaban y mi mamá desconsolada se acomodaba en la parte delantera de la ambulancia. No podía creer lo que estaba ocurriendo, en sólo un día nuestros planes y tranquilidad habían desaparecido. Ya nada era seguro y lo único que podíamos hacer era esperar. Subieron la camilla a la ambulancia, mi mamá se fue adelante con Juan. Sebas se fue en nuestro carro y yo me subí al carro de mi tío Fer. Llegamos a Imbanaco y pude ver a mi papá más calmado mientras lo ingresaban a la sala de cirugía. Tal vez esa sería la última imagen que tendría de él...o tal vez no.